

I

TRAYECTORIA DEL MOVIMIENTO
FEMINISTA DE CHILE

Siete decenios ha cumplido el movimiento feminista en Chile. Titubeante luz de amanecer, asoma por allá en 1870, cuando dos hombres, salido uno de las filas de la política conservadora, de su laboratorio de ciencias agrícolas el otro, don Máximo Lira y don Jorge Mennadier, se atrevieron a afirmar bajo su rúbrica que era posible que, siendo la mujer creatura de Dios, contase, al igual que el hombre, con un cerebro inteligente. Afirmación por ese entonces revolucionaria y peregrina.

La semilla caía en terreno fecundo. Principiaba a variar la composición social chilena. El auge del comercio internacional, el laboreo afortunado de las minas, la conciencia solidaria de obreros que acudían a sus "Sociedades de Tipógrafos" y de "Socorros Mutuos de Artesanos", anunciaban el advenimiento de una

capa social que se infiltraría entre las dos que caracterizaron a Chile desde la colonia. La componían gentes penosamente victoriosas de la pobreza, que habían bregado, a la vez, contra sus propias limitaciones y las que les oponía la rígida estratificación social de la época, y que comprendían que la única herencia con que podían asegurar la superación de sus hijos era una sólida educación.

Para la mujer tanto como para el hombre, decían los liberales más ilustres, los que habían leído la obra capital de Stuart Mill sobre emancipación femenina. Para la mujer, como para el hombre, repetían en voz baja las educadoras que moldeaban a las niñas de esa pequeña burguesía. Doña Antonia Tarragó y doña Isabel Le-Brun de Pinochet, imploraban en vano a las autoridades universitarias que aceptasen a sus alumnas a exámenes valederos para alcanzar el Bachillerato. Hasta que el tiempo llegó, cuando, en 1877, el más esclarecido de los liberales, don Miguel Luis Amunátegui, con el prestigio de su pluma, su ejecutoria de ministro, la entereza de sus convicciones, abrió a las niñas de Chile con gesto

decidido y visionario el portón cerrado de la casa de Bello.

Por el avanzaron entre luchas y esperanzas: Ernestina Pérez y Eloísa Díaz, las dos primeras mujeres que, al recibir el título de médico, conforme a los reglamentos, se convirtieron en las adelantadas de todas las otras en el continente iberoamericano. La segunda etapa la marca la creación de los liceos fiscales de niñas, en los que soñó don Miguel Luis, y que la Guerra del Pacífico aventara en sus comienzos. Hubieron de pasar cerca de veinticinco años para que la tentativa arraigase sólidamente, con la fundación del Liceo de Niñas N.º 1, de Santiago, en 1895, al cual lo siguieron, al principio con timidez y luego con ímpetu avasallador, los cuarenta liceos femeninos que hoy existen en la República.

Les habían precedido, a partir de 1854, las Escuelas Normales de Mujeres, y desde 1888, las Escuelas Técnicas.

Cuando la que esto escribe, ingresó en 1922, en calidad de catedrática a la Universidad, el ciclo de conquistas culturales femeninas en Chile completó una etapa. Desde en-

tonces ni legal ni prácticamente existen obstáculos para el ascenso de la mujer por los senderos de la superación intelectual.

Dejan de ser ésas las metas de su trabajo. Desde 1915 la lucha se desplaza hacia las reivindicaciones legales. El 17 de Junio de ese año iniciamos las labores de la primera sociedad íntegramente formada por mujeres y que pretendía alcanzar por medio del esfuerzo de todas, la elevación colectiva. Fué el Círculo de Lectura. El Club de Señoras, se formó inmediatamente después. El Consejo Nacional de Mujeres, fundado en 1919, se preocupó de la obtención de una mayor justicia social para la mujer. Como su Presidente, nos cupo tomar la iniciativa de solicitar explícitamente los derechos civiles y políticos, lo que se consiguió en parte con el decreto-ley firmado por el Excmo. señor Bello Codesido y don José Maza, el 12 de Marzo de 1925, que levantaron las incapacidades legales que nos rebajaban a la calidad de un menor.

Ese decreto-ley fué pórtico y anunciación. Dió alas a la mujer para que se congregara en sociedades múltiples, en Santiago como en pro-

vincias, y que persistiera en las conquistas de sus derechos. El sufragio en cuestiones municipales, otorgado en 1934, marca el advenimiento de la mujer a los partidos políticos, de donde surgen de inmediato doña Graciela de Schnacke y doña Alicia Cañas de Errázuriz a ocupar puestos de alcaldesas en comunas de Santiago.

Es que desde 1870 acá, el ejército de mujeres empeñadas en labores de producción desde los talleres y las fábricas, las casas comerciales, los bancos, las oficinas privadas, y públicas, el magisterio, las profesiones liberales, contado al principio por decenas, suma ahora más de 300.000, y de entre ellas hay quienes se han destacado hasta las primeras filas en la estimación de la República.

Prolongaría demasiado estas palabras el recuerdo de todas las que han excedido en el cultivo de las artes y las letras. Rebeca Matte, Herminia Moissan, Gabriela Mistral, Marta Brunet, son iniciales iluminadas de los capítulos que honran la cultura de las Américas.

En dos ocasiones las mujeres chilenas han

realizado un recuento de sus progresos: la Exposición Femenina de 1927, con motivo de la celebración del cincuentenario del Decreto Amunátegui, y la otra en Diciembre de 1939, auspiciada por el MEMCH, después de cumplidas las bodas profesionales de Eloísa Díaz y Ernestina Pérez.

Ahora trabajamos para celebrar un Congreso Nacional que nos reúna a todas democráticamente, desde el sindicato de trabajadoras hasta las mujeres universitarias, para reconocer lo que cada una ha realizado dentro de su campo y lo que aún el pueblo de Chile espera de nosotras. Es el momento que el ejército hace alto para recontar sus huestes y acordar su próximo objetivo.

¡Qué otro puede ser en estos agrios instantes, en esta sangrienta encrucijada de la cultura de occidente, que laborar porque la especie humana conviva en un mundo de paz, entre el respeto democrático de grandes y pequeñas naciones, al amparo de las leyes que liberen a los pueblos y a los individuos de la soberbia de los más fuertes, que nos brinden a todos justicia, libertad, democracia y bien-

estar y que permitan a la mujer laborar de igual a igual que el hombre en el logro de estas ansiadas y queridas esperanzas!

1944.

INCIERTOS HORIZONTES

En variadísimos tonos se comenta estos días en nuestro ambiente chileno la inminencia del sufragio femenino. ¿Influirá? ¿Si o nó? ¿Para bien o para mal? Temen unos que el recato femenino sea mancillado inútilmente en la agria turbamulta de las asambleas políticas; otros que su adhesión a los dictados del confesionario determinen una especie de vuelta al período colonial, y, por último, vaticinan no pocos que las esperanzas cifradas en su intervención cívica son del todo desacordes con la naturaleza de la mujer.

¡Horizontes inciertos, entre cuyas brumas ansiamos inútilmente avizorar claridades! No sabemos profetizar. Debemos resignarnos tan solo a auscultar esta realidad que nos rodea. Pedirle a ella la clave. Y ella nos conforta. Que las gracias y virtudes de la mujer se prostituirían en la educación superior y en el trabajo extradoméstico lo vocearon todos cuantos los resistían en el siglo pasado. La expe-

riencia demostró lo contrario. El resultado de las dos últimas elecciones en que hemos intervenido las chilenas puede resumirse así: en las de 1942, las damas derechistas tomaron la delantera por 8.000 votos; en las de 1945, esa cifra bajó a 3.000 en un total de 87.000 sufragantes. No es un margen para asustar a nadie.

Se objetará que las elecciones para regidores no interesan ni atraen como las de parlamentarios, y que en éstas las derechas se emplearán a fondo. Igual cosa hay que esperar de las izquierdas y las cifras pueden volver a un parecido equilibrio.

Mas, antes que prosélites de cualquier partido, tenemos la obligación de servir a la democracia. Es decir, al gobierno de la mayoría. Mientras menos personas acudan a los comicios, porque son analfabetos, indiferentes o ausentistas, o, porque a la mitad de la población —constituída por los elementos femeninos— se le prohíbe votar, más febles serán las bases del gobierno y más próximo estará a convertirse en dictadura de unos pocos. Los intereses de un grupo reducido acallarán los anhelos generales. En las últimas elecciones

parlamentarias, sufragó apenas el 8.4 % de la población total de Chile. Esa ínfima minoría es el que prepara el porvenir de Uds., de mí, de nuestros hijos y nietos, el que detenta las finanzas, el poder ejecutivo y el parlamentario. ¿No estamos corriendo un riesgo demasiado grande al entregar el futuro de nuestra patria, de nuestra posición continental a un grupo ínfimo, si no en calidad, en número?

El hábito no hace al monje. No basta rotularse de república democrática. Precisa que lo sea de verdad, aumentando y mejorando continuamente sus bases, ampliando el sufragio a un número siempre creciente de ciudadanos y educándolos a todos —hombres y mujeres— en sus responsabilidades ante la vida nacional.

Si con la participación femenina, la mayoría tendiese hacia la derecha, lo deploraríamos todos cuantos somos izquierdistas; más, acatando los principios y fundamentos democráticos, trabajaríamos por superarla por medio de una acción inteligente, de una persuasión traducida en hechos que aliviasen el sufrimiento popular y que proveyesen al bienestar de

todos para atraernos de nuevo el favor perdido. En esa lucha correcta y legal entre las mayorías y minorías radica la posibilidad de progreso de una democracia.

Al ventilar estos argumentos, se suele traer a colación el ejemplo de España, creyendo lo que han afirmado algunos: que la reacción derechista fué obra de la mujer. Hay que preguntarle a quienes vivieron esos momentos y fueron sus testigos presenciales. La izquierda se derrotó ella misma por las disenciones internas. La terrible, trágica y fratricida lucha entre comunistas, socialistas y radicales ha esterilizado en Europa como en Hispano América la obra de las izquierdas; ha sembrado el odio en su seno; ha robado a sus hombres el tiempo para dedicarse a las tareas constructivas de un mundo mejor; los ha distraído de sus servicios en la solución de los aflictivos problemas populares de la vivienda, la alimentación, el alfabetismo, para tenerlos con el arma al brazo, atentos a parar los ataques incessantes, no sólo de la derecha, sino de sus propios cofrades. Y aquí mismo, en Chile ¿por quién perdieron las elecciones generales del 44 y todas las particulares que le han seguido? No

por obra de la mujer, sino por esa misma tragedia: la esterilidad nacida de la contienda intestinal.

Comunistas y socialistas luchan a muerte por la supremacía entre las masas obreras, los sindicatos y los gremios profesionales; socialistas y radicales bregan por la captación de la clase media y de las posiciones llaves en el gobierno que hoy es izquierdista. Esa lucha ** absorve* sus instantes, su inteligencia, sus fuerzas. Total: que se desprestigian ante la opinión pública que no puede sufrir pacientemente que concluyan de entenderse para que se ocupen de mejorar el nivel de vida, detener la inflación, robustecer la economía cada vez más precaria de la nación entera.

Odio, lucha, intransigencia en el campo de las izquierdas. En las derechas, la fácil y agradable tarea de aprovecharse de esas disensiones y del desprestigio que acarrear, para captarse la voluntad del hombre honrado que necesita paz y esperanza para seguir trabajando, de ése cuyo nombre no figura en los registros de las asambleas, pero que vota limpiamente

y que, a la postre, es el que da número a la futura mayoría.

A cuantos preocupa el horizonte incierto de la política chilena del momento, nos aflige la duda de que estos izquierdistas que no logran pactar un convenio inteligente de tregua, obtengan triunfo alguno en los próximos comicios. Es que nuestros políticos operan sin el freno de una gran opinión pública, de hombres y mujeres que —aun sin mostrarse en la arena militante— den su veredicto, repudien a los falsos profetas y expresen claramente sus anhelos cívicos. Hoy, las mujeres sufrimos las consecuencias de una política pequeña en la que no participamos. Pagamos contribuciones; nos afanamos —con lágrimas a veces— para equilibrar el presupuesto familiar ante el alza injustificada y cada vez más violenta de los precios; la madre de la clase media y obrera no encuentra casa donde alojar a sus hijos, pero no tenemos derecho a intervenir en la cosa pública.

Quienes propiciamos el voto femenino amplio, no intentamos, en modo alguno, recomendar el gobierno de las mujeres ni un ma-

triarcado como parecen temerlo algunos escritores. En absoluto. La democracia es cooperación y no subyugamiento. No todos los hombres tienen aptitud para las ideas abstractas, ni vocación para la lucha política. Así acontece con las mujeres. La ciencia moderna ha demostrado que no existen diferencias psíquicas fundamentales entre ambos; sí, una inmensa variedad de tipos en unos y otras, felizmente. Prevalecen ciertas características en el sexo femenino; otras en el opuesto; se dan con mayor o menor frecuencia, pero existen. Dejemos a cada pajarillo con su canto. El mundo goza y se aprovecha de esa sapientísima variedad. Si hay mujeres con aptitudes de Juanas de Arco, no las condenemos a la hoguera; permitamos que vivan y florezcan conforme a su ideales, e igual cosa las Santas Teresas, y lo mismo aquellas que no ansían otro horizonte que el alero de su casa. Las matriarcas obrarán con o sin voto si tienen hechuras de tales y encuentren afeminados o débiles a su alcance. Y las que no conciben el amor sino a base de admiración por el hombre, que logren así su dicha. Nuestro anhelo

es que los talentos, las aptitudes, las inclinaciones femeninas se desarrollen por cauces humanos amplísimos para que sean fieles a su destino, expresen su personalidad sin la restricción o la opresión de infundados prejuicios, y hallen abiertos los caminos de superación para todos sus legítimos afanes.

1945.